

## **Clínica de las adicciones: Una propuesta psicoanalítica**

Abordar un fenómeno con el objetivo de comprenderlo, implica un punto de vista, un marco teórico de referencia.

En la actualidad se cree que el universo está formado por un 72% de energía oscura, un 23% de materia oscura y un 5% de materia normal, conocida.

Es decir, el 95% del universo permanece en el lado oscuro del saber del hombre. De la misma manera, el psicoanálisis, como método de exploración de la subjetividad, se enfrenta con un alto nivel de enigma al tratar de desentrañar los secretos que guarda el funcionamiento psíquico en su proceso de constituirse y de operar.

Pensar en términos de proceso significa otorgarle a lo estudiado un sentido dinámico, asociado a lo evolutivo, en contraposición a una visión que lo asimile a una dirección positiva de desarrollo, como tampoco a un camino de progreso, exclusivamente.

Significa que ese funcionar, que en el psiquismo tiene en la repetición su sino, no permite predicciones, ya que lo que se repite es el movimiento pero con un resultado incierto dado los cambios que se producen en las distintas variables que intervienen.

El punto de vista consecuente con lo anterior, requiere incorporar una narrativa que tenga como marco de referencia lo que se ha dado en llamar: un pensamiento complejo. Pensamiento que así definido, vive una constante tensión frente a cualquier intento de seleccionar, jerarquizar o reducir en una síntesis unificadora, es decir, intentar poner orden al estilo de una ley.

En este tipo de pensamiento no hay certezas. Se instala en una complejidad procesual que no acaba nunca, inmerso en una dialéctica con contradicciones que de forma permanente hacen imposible unificar nada de lo planteado.

Características que a mi entender se encuentran como telón de fondo en el pensamiento freudiano y que guían mi aproximación a la clínica. Pensamiento clínico, el mío, que huye de cualquier intento de sustanciar el psiquismo como si de un órgano se tratara, de ahí la imposibilidad de la aplicación metodológica de las ciencias naturales en su estudio. Toda aplicación que siguiera ese camino lo invalidaría.

El futuro sujeto inicia su andadura desde un mundo donde las palabras aún no son suyas pero que oficiarán de suelo psíquico a la subjetividad que pueda establecer en el extenso proceso que le aguarda hasta constituirse como tal.

Ese mundo, que podemos identificar con el Ello, es lo que asocio a esa energía oscura desconocida que señalé en relación al universo, y que en este caso, constituidas en polo pulsional, impregnará todo el funcionamiento psíquico y no dejará de condicionarlo.

Desde allí comenzará su camino el infans que, inserto en un nuevo escenario, contará, a priori, con pocas herramientas para descifrar lo que está ocurriendo con su organismo, que aún no se ha conformado como cuerpo.

Desde ese polo, con un funcionamiento ajeno a toda organización, sentido y límites, desde una posición neutra e impersonal, indiferenciada, va creándose el sujeto singular, diferenciándose progresivamente a partir de los primeros contactos con un mundo hasta ese momento desconocido, que viene a responder a sus necesidades con acciones y palabras, inaugurando un nuevo escenario que pretende ofrecer sentido a lo incomprensible de las vivencias, momento de crisis para el recién nacido que tiene mucho de traumático.

El aspirante a sujeto vive una situación en la que tiene en gran medida, un papel pasivo, ya que le asedian fuerzas desconocidas que no puede dominar pero que actúan sobre él. Ese universo indiferenciado se ve sorprendido por la llegada de nuevas

exigencias de orden somático que inauguran paralelamente, un modo de respuesta que en este caso es de expresión psíquica y que hasta ese momento no ha sido experimentada.

Encuentro con algo que no ha podido ser evitado y que a esas alturas de la constitución psíquica no es posible simbolizar, por lo que la repetición no permitirá elaborarlo. La comprensión siempre será a posteriori, el fantasma será el encargado de dar una respuesta.

Un nuevo límite que hará imposible la recuperación de lo que queda detrás de él, aunque entiendo que ese “fondo” no dejará de influir sobre el sujeto el resto de su vida, vivido siempre como algo extraño a él.

El mundo simbólico que lo acoge es el que dona el material, las palabras, que le permitirán construir, si consigue disponer de buenas herramientas y hacerse con ellas, su propia narrativa, única, un mundo propio, una teoría propia de cómo vivir su vida, de ahí la importancia de las características del contexto que acoge y de las relaciones que éste establece con el futuro sujeto, qué lugar le otorga.

La cultura que lo recibe le llega a través de quienes serán los encargados de mediatizar su encuentro con la misma, en general esto recae sobre los padres biológicos, aunque no son los únicos que pueden ejercer la función. El proceso de desarrollo libidinal del sujeto estará estrechamente vinculado al resultado que han tenido, los que ejerzan dicha función en su tránsito a constituirse ellos como sujetos.

Lo que ocurra en ese largo camino que se ha de atravesar hasta que se constituya la organización psíquica que de soporte al sujeto, construcción siempre singular que se realiza a espaldas del protagonista, vendrá a ser determinante en su futura vida, en la forma de vincularse y relacionarse con ella y con quienes la conforman. De allí toda la importancia que le atribuimos, pero a la vez, lo imposible de deshacer el camino andado hasta

conseguirlo, ya que la subjetivación del mismo hace imposible descubrir el entramado constituyente de su “ser”.

Hasta aquí una pequeña síntesis de algunos de los mapas que utilizo como referencia para mi trabajo clínico. Trabajo que tiene como objetivo un acto creativo como resultado de habilitar un espacio de escucha que busca crear, entre dos, paciente y analista, una nueva dinámica psíquica, efecto de una labor que resulta terapéutica como consecuencia de las modificaciones que en la posición subjetiva experimenta el primero.

En el caso que nos ocupa, concretamente, un sujeto adicto, tomo como mapa de referencia la hipótesis que planteo Freud en su carta a Fliess: “Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito, la “adicción primordial”, como cuyo sustituto y relevo, exclusivamente, nacen las demás adicciones al alcohol, la morfina, el tabaco, etc.”.

Así escribe Freud a su amigo Wilhelm Fliess el 22 de diciembre de 1897, su primera hipótesis en torno a los mecanismos íntimos que yacen presentes en cualquier adicción. Y, a renglón seguido, expone sus dudas en relación a las posibilidades terapéuticas del psicoanálisis frente a ellas, de la misma forma que lo hizo frente a la psicosis.

La hipótesis que explicita en su carta y que sin embargo jamás desarrollaría en todos los aspectos posibles, parece haberla sostenido como referencia a largo de toda su obra. Sí dedicaría, no obstante, atención a la masturbación. En *Contribuciones al simposio sobre la masturbación* (1912) y en referencia a los daños que ésta pudiera causar, cita, “tres caminos posibles por donde esos daños podrían abrirse camino:

- a. Como daño *orgánico* según un mecanismo desconocido, respecto del cual entran en consideración los puntos de vista, citados por ustedes a menudo, **de la desmesura y la satisfacción inadecuada.**”

- b. “Por el camino de la *arquetipicidad para lo psíquico*, pues así, para satisfacer una gran necesidad, no se requiere **aspirar a la alteración del mundo exterior**.
  
- c. “Por el de posibilitar la *fijación de metas sexuales infantiles (autoeróticas)* y la permanencia en el infantilismo psíquico y como el onanismo posibilita consumir en la fantasía unos desarrollos sexuales y unas sublimaciones que, empero, no constituyen progresos, sino dañinas formaciones de compromiso.

“Prototipo psíquico”, escribirá Freud. Ello sugiere una organización psíquica cuya dinámica singular encuentra su modelo en la masturbación. Si bien Freud hace referencia al acto masturbatorio, la mención de un: “...onanismo inconsciente.”, habilita la investigación en ese terreno, hecho que nos aleja del acto concreto en sí para adentrarnos en el campo de la vida pulsional y la satisfacción autoerótica. Freud habla de, “su naturaleza insatisfactoria, siempre falta algo para el pleno aligeramiento y la satisfacción”.

Es ese algo que falta, el señuelo de la dinámica deseante que llevará al sujeto a su búsqueda con la pretensión de que al conseguirlo, logrará el acceso a una satisfacción plena, a un supuesto estado de goce originario que hubo de renunciar. Lo que el sujeto ignora de esa búsqueda es que su condición de tal invalida toda posibilidad a ese encuentro.

Movimiento princeps en la historia de la humanidad. Repetición incansable, que no reproducción, que ha llevado al ser humano a lo largo de su historia a lograr conquistas en todas las facetas de su vida. Pero para ello ha debido conformarse, a través de la sublimación, con sustitutos de aquel pasado mítico al que busca reeditar.

Ese es el sino del sujeto, la nostalgia del absoluto ubicado en el tiempo pre-verbal pasa a ser el motor de su vida, cuyo transcurso estará condicionado al resultado de la imbricación de dos tipos de

dinámicas, deseante y de goce, eros y tánatos, que serán las que guíen el vivir del sujeto.

El motor pusal, impulsa al sujeto ciegamente, repetidamente, a buscar satisfacer la pulsión activada, siempre parcial. En una acción que se enmarca más allá del sentido, de la significación. Es el sujeto el que deberá poner límites a ese accionar y para ello se requiere contar con una organización psíquica cuya estabilidad fantasmática, respaldo de la función simbólica y por tanto del deseo, sea capaz de morigerar ese reclamo.

Repetición que se asienta en una dinámica pulsional de carácter inconsciente y que responde a un mandato ubicado en un “más allá”, inaccesible para el sujeto. Esa fuerza insiste desde su origen desde antes de su estructuración. Es un fundamento de su constitución y, como ya comenté, lo acompañará a lo largo de su vida dando muestras de su presencia en cada uno de sus actos.

Por tanto, la repetición ha de entenderse como un mecanismo primordial para la constitución del funcionamiento psíquico y su estructuración. La tarea del sujeto está en intentar ponerla al servicio de Eros ya que dejada a su suerte, tomara la ruta que la pulsión señale hacia la satisfacción inmediata y entonces, será la pulsión de muerte quien marque el recorrido.

En ese caso, el sujeto se verá compelido a repetir y dejar de lado, anulándolo, cualquier movimiento que insinué la presencia de una dinámica deseante. La cuestión radica en preguntarse al servicio de qué esta la repetición. Y esto dependerá de las características de la organización psíquica del sujeto en cuestión.

Organización que en el inicio de su proceso constitutivo se encontrará con el desamparo propio de un psiquismo que tiene muy pocos recursos para dar cuenta, simbólicamente, de los signos que le envuelven en el seno de acogida. Faltan palabras para tantas sensaciones nuevas.

De allí la dependencia necesaria con quienes personifican los primeros objetos, serán estos, representantes de la cultura a la que ingresa el futuro sujeto, los encargados de administrar los actos y las palabras que van a nutrirle.

Palabras que se heredarán de una lengua transformada en lenguaje por la comunidad que le acoge, los padres, o por quien cumpla con esa función. El bebé queda a expensas de éstos que, movidos por sus propias fantasmáticas, podrán o no colaborar en que transite por un proceso libidinal que se sabe muy complejo y cuyo desenlace es imposible de predecir.

Queda así inmerso en una triangularidad que puede otorgar carta de ciudadanía a una Ley que pone límites a un goce que la desafía, una Ley que prohíbe, pero que a cambio pone en marcha la dinámica deseante, moderadora de la pulsión de muerte que tiene en el goce su representante.

Si la función materna no cumple con el objetivo de colaborar en que el sujeto emprenda su propio camino, asumiendo la pérdida de lo que en su momento pudo instrumentarse como obturador de la falta que la constituye, se corre el riesgo de que ambos queden atrapados en un goce mortífero de difícil resolución.

Es la función paterna, con la introducción de la triangularidad, quien intentará garantizar una función simbólica capaz de estabilizar un funcionamiento psíquico expuesto constantemente a conflictos entre fuerzas contrarias.

Volvamos a la hipótesis freudiana, ya que a mi entender, posibilita un primer mapa para acercarnos al tema de las adicciones cuando señala que en el onanismo, según él la adicción primordial, encontramos:

- a) La desmesura y la satisfacción inadecuada.
- b) La aspiración a alterar el mundo exterior sin intervenir en él.
- c) La fijación de metas sexuales infantiles. Autoeróticas.
- d) La defensa frente a la amenaza de la castración.

En la desmesura y la satisfacción inadecuada podemos situar a las distintas pulsiones parciales que en la búsqueda de su satisfacción, elegirán el camino más corto ya recorrido, para conseguirla, ignorando el precio que deberá pagar el sujeto en términos de deseo.

Éste camino, en el caso de que el sujeto no logre hacer prevalecer los efectos moderadores de lo simbólico sobre la pulsión, será repetido y tendrá como guía una compulsión incoercible, que muestra, en lo no medido de su accionar, la desmesura que le es propia y que junto a lo inadecuado de su resultado, como señala Freud, motivará el inicio de una nueva búsqueda de reencuentro con aquella satisfacción que, en un pasado mítico, vino a dar cuenta de un nuevo estado, aunque lo imposible de su simbolización hace también imposible el pretendido reencuentro, está fuera del alcance del sujeto.

El “mundo exterior”, como destaca Freud, impone sus prohibiciones. Prohibiciones que el sujeto deberá incorporar y que serán las encargadas de colaborar en que acepte que en las pulsiones existe “algo” que no puede ser satisfecho, que no es posible.

Si no se acepta, la pretendida consecución puede terminar en un sentimiento de impotencia. En definitiva, es asumir la castración y con ella el límite que da pie a la autonomía y a la independencia.

Si algo define el autoerotismo son las características de la sexualidad infantil, ya que ésta utiliza su propio cuerpo para satisfacer la pulsión. De ahí el modelo que la representa, los labios besándose a sí mismos por lo que no es necesario recurrir a un objeto exterior. El propio cuerpo actúa como objeto de satisfacción.

Así define Freud la sexualidad infantil autoerótica, un marco de referencia distinto al de la relación con el objeto total: la referencia a un estado en el que las pulsiones se satisfacen, sin que exista una organización de conjunto.



La teoría del autoerotismo tiene el mérito de enseñarnos que la sexualidad no se define esencialmente como una actividad dirigida a un fin determinado, adaptada a una relación satisfactoria con otro, ya que puede también constituirse sin relación con otro. Relación que no cuenta con ninguna armonía preestablecida.

De esta forma se diferencia con el narcisismo. Frente al estado anárquico de las pulsiones parciales que define ese tipo de autoerotismo antes mencionado, el narcisismo tiene como objeto de la libido el yo como imagen unificada del cuerpo.

Éste, una vez constituido, puede servirse de la dinámica autoerótica y utilizarla como un pretendido refugio que el sujeto intenta no perder para desafiar el vacío insalvable que la castración propone y que sólo la dimensión simbólica puede sostener.

En la clínica observamos que la sexualidad infantil, así entendida, acompañará al sujeto hasta el final de sus días y que por tanto, sus características no lo abandonarán ni serán del todo superadas, rasgos de ella seguirán conformando, también, su organización psíquica.

Establecido ese “arquetipo psíquico”, en donde no hay necesidad de modificar el mundo exterior para responder a lo que la pulsión reclama, se muestra cercano lo tan añorado, la independencia del sujeto frente al otro. Él cree que ésta podría lograrse sin tener que transitar por el complejo de castración.

Thomás de Quincey en 1821 escribió: “La primera vez que fui al Paraíso de los comedores de opio, conocí allí a la droga celestial. Esta era la panacea de todos los males humanos; aquí estaba, descubierto de un golpe, el secreto de la felicidad sobre el que disputaron los filósofos a través de las edades; **la felicidad podía comprarse por un penique y llevarse en el bolsillo del chaleco.** Sólo tú haces estos regalos al hombre y posees las llaves del Paraíso, ¡oh justo, sutil y poderoso opio!”.

Búsqueda activa sostenida en el terreno de las fantasías pero encerrada en un acto repetitivo que remite a una posible satisfacción, forma de eludir cualquier compromiso con la realidad. Así, una vez más, la castración parece burlada con la promesa renovada de que ahora podrá conseguirse aquella satisfacción postpuesta.

Eso sí, a través de una práctica que de forma compulsiva ocupa el centro de la existencia del sujeto.

Por tanto, salida imposible, lo que se hace necesario volver a intentarlo en una repetición que por sus características no tiene posibilidades de detenerse, salvo que, voluntariamente, medie un acto de pensamiento o una acción exterior al sujeto que ponga fin a esa dinámica de goce, que no es otra, una vez más, que la que propone la pulsión de muerte.

Dinámica propia de toda adicción que tiene por finalidad conseguir independizarse de lo que el pasaje por lo edípico viene a reclamar, cultivar la falta que habilita la posibilidad de una dimensión deseante y que la función paterna intenta inaugurar.

En un psiquismo así establecido, a predominio de una dinámica imaginaria, el campo simbólico se ve empobrecido, ya que éste necesita para su desarrollo la aceptación de la pérdida, de lo que no se tiene o no es posible conseguir.

Esto es lo que descubrimos en el sujeto adicto, claros fallos en la función simbólica. Por cierto, característica compartida con otras formas de presentación de la neurosis en la cultura occidental actual.

Los déficits de la función simbólica se traducen en una exaltación de lo imaginario, de todo aquello que representa un narcisismo exacerbado. Lo que en su momento, libido mediante, ha permitido al sujeto apropiarse de su propio cuerpo frente a la fragmentación de las pulsiones parciales del autoerotismo, abriendo el paso a las primeras identificaciones, para luego investir objetos exteriores a

él, camino a constituirse como Ideal del Yo, vuelve a dar mayor prioridad a un Yo Ideal que conforma una organización psíquica frágil y con serias dificultades para mantener un cierto equilibrio.

Y así, el amor a si mismo adquiere protagonismo acompañado de una satisfacción autoerótica que no sólo tendrá como objeto el propio cuerpo, ya que cualquier objeto es tomado como propio aunque no pertenezca al sujeto.

La omnipotencia está detrás de todo pensamiento y acto, junto al cortejo de idealizaciones, fascinaciones y heridas que cualquier vivencia ponga en cuestión un yo, magnificado, sobrevalorado, como ocurre con todo objeto que entre en su órbita narcisista.

Las peculiaridades de este proceso permite observar, ya en la clínica, las consecuencias que sobre la organización psíquica ha tenido un pasaje por el Edipo así gestionado. Evidencia las dificultades impuestas a la participación del tercero que deja como resultado un empobrecimiento del campo simbólico, con un fantasma vacilante y frágil que tiene serios problemas para estabilizarse.

El enfrentarse con aquello de la pulsión que nunca podrá ser satisfecho, puede propiciar la no-aceptación de ese destino que la condición de sujeto lleva implícito, con el consiguiente sentimiento de impotencia que, trasladado al terreno del narcisismo, se va a transformar en agresión, violencia, odio, destrucción, a menos que se reconozca la imposibilidad de esa pretensión.

Un psiquismo así constituido es quien, para mí, sustenta una adicción. No es adicto el que quiere sino el que puede. Pareciera constituirse a partir de que las dimensiones reales e imaginarias priman sobre lo simbólico, con todas las consecuencias que ello acarrea en el tipo de relación transferencial que éste puede establecer. Factores de máxima relevancia a la hora de pensar las características del dispositivo analítico que vayamos a implementar.

Pensar en términos de psiquismo, nos lleva a descentrar las adicciones del objeto de adicción, para poner el acento en el sujeto implicado en las mismas y cómo responde el psicoanálisis frente a éste. No cabe duda de que aquello que ocupa el lugar de objeto de adicción no es irrelevante. Lo real del cuerpo y la química también juegan un papel importante.

El siguiente paso es intentar dar cuenta del lugar que tiene el Psicoanálisis en el tratamiento de un sujeto adicto, constituido como tal a partir, según nuestra hipótesis y recapitulando, de una organización psíquica cuya dinámica de satisfacción pulsional es autoerótica que tiene como aliado un narcisismo que en su pasaje por el Edipo fue poco modulado y por tanto, a predominio de las dimensiones real e imaginaria en detrimento de una dimensión simbólica empobrecida.

Freud, cuando hace referencia al onanismo y su relación con la neurastenia que, como neurosis actual “...presta la solicitud somática para las psiconeurosis” señala: “...sus síntomas no se pueden descomponer analíticamente como los psiconeuróticos. [...] No consienten su reconducción histórica o simbólica a vivencias eficientes, no se los puede comprender como unos compromisos de mociones pulsionales contrapuestas, [...] Aunque admito que un tratamiento analítico pueda llegar a tener un influjo curativo indirecto sobre los síntomas actuales.”.

Ahora debemos pensar nosotros, a partir de la evolución de la propia teoría freudiana desde la época de esta cita, como así también, desde nuestra propia experiencia clínica, qué nuevas aportaciones podemos ofrecer al tratamiento psicoanalítico de un sujeto adicto que, al estilo de lo señalado por Freud en el caso de las neurastenias, no presentan síntomas tal como lo entendemos desde el psicoanálisis y muchos de ellos, se encuentran muy lejos, psíquicamente, de poder presentarlos y sin embargo, reclaman nuestra ayuda ya que experimentan un sufrimiento, aunque en principio, sólo pueden asociarlo a la falta del objeto de adicción.

Mi experiencia clínica me hace situar al sujeto adicto dentro de la configuración neurótica y como tal, creo que el psicoanálisis resulta una propuesta idónea como respuesta a una demanda así formulada.

La palabra. Las palabras. Cuerpo de nuestro pensamiento. Símbolos que nos aseguran nuestra pertenencia humana pero que nos condenan a sus límites. Límite y recurso para transmitir lo vivido, lo experimentado, lo sentido.

Pero la materia prima del trabajo del analista no es cualquier palabra. La aportación la recibe de los sueños, lapsus, actos fallidos, es aquella palabra cuya fuente se encuentra en “otra escena”. Es ese material el portador de una verdad desconocida que el opaco cristal de las palabras oculta. Entre éstas, el fantasma como vehículo del deseo, disimula su presencia. De ahí la importancia de nuestra escucha en atención flotante.

Partimos de entender que la relación de dependencia ineludible, se instala sobre la base de un psiquismo cuya organización se constituyó en base a una estructuración donde la vertiente simbólica no terminó de mediatizar la exigencia pulsional, por lo que ésta reclama su satisfacción. Dicha pretensión no fue resuelta sino postergada.

La propuesta es pensar las adicciones desde la problemática del sujeto y por tanto, pensar una clínica posible desde esa perspectiva. Dadas las características de un funcionamiento psíquico en el que rige la satisfacción autoerótica y por tanto, satisfacción mas allá de la palabra, se impone pensar, ¿cómo trabaja nuestra palabra de psicoanalistas, donde ella no tiene valor, donde no existe? ¿Cómo introducir palabras donde no hay preguntas? ¿Cuál es el tipo de relación transferencial que se puede establecer?

Si bien la repetición puede favorecer y permitir el despliegue transferencial, sus características en el sujeto adicto autorizan pensar que los recursos habituales con que contamos en nuestra práctica psicoanalítica, no serán suficientes.

Hasta que no asome una demanda, será difícil poner en marcha la asociación libre como propuesta, con el objetivo de que pueda ampliar la red asociativa. Poco a poco, el señalamiento, la pregunta, sobretodo la construcción y eventualmente la interpretación irían introduciendo algo nuevo, diferente a lo vivido por el sujeto en su repetición.

En esta clínica particular, nos toca trabajar, probablemente, donde aún la adicción no se ha constituido como síntoma. A-dicción, acto compulsivo que se repite y que no cuenta con la mediación de la palabra.

Se trata de aportar la palabra en un campo yermo de ella, aunque, como señala Sigmund Freud, “No es fácil comprender cómo se vuelve posible sustraer la satisfacción a una pulsión”. Cómo lograr que sea la palabra la que tome el relevo a ese acto compulsivo, sostenido por signos y que tiene en la pulsión de muerte su mejor aliada.

¿Es posible propiciar un espacio de creación que tenga en la palabra su herramienta privilegiada, sustentada por los recursos que la práctica psicoanalítica nos brinda y donde la repetición, inmersa ya en el campo transferencial, se transforme, deseo mediante, en un recurso aliado para la aventura analítica?

El acto psicoanalítico no es la búsqueda obsesionada de asignar un sentido a lo que le ocurre al sujeto, sino acompañar a éste con el deseo de analizar, a que encuentre una nueva posición en la palabra. Y ello es posible cuando en el entre dos, en el *entre* que se constituye entre dos deseos que convergen en una tarea a partir de un vacío potencial, surge, una “nueva palabra” que inspira una transformación subjetiva, potencialmente generadora de crisis en los cimientos de la adicción.

Si algo nos constituye como analistas es la tarea creadora de nuestros pacientes. Estos serán quienes deberán asumir la responsabilidad sobre sus palabras, sobre qué ser, sobre cuál es su bien.

La responsabilidad de acceder a un saber que les permita autodescubrirse. En todo caso, nuestra labor será acompañarlos, desde un lugar que permita el despliegue transferencial, en la búsqueda de afianzarse en lo que emerge de verdad subjetiva.

Propuesta distinta a aquella que, aprovechando el sentimiento de miedo que pueda aparecer en el sujeto frente a sus conductas, miedo que le lleva a poner en cuestión su adicción, enfocan su respuesta terapéutica a reforzarlo.

De esa forma se puede perder la posibilidad de descubrir en ello el temor a la castración y el posible nacimiento de un síntoma que en ese momento podría estar haciendo su aparición.

Otorgar la responsabilidad al sujeto en sus pasajes al acto, en su desafío a la castración, a la muerte, es otra perspectiva teórica, otra clínica, nuestra clínica.

Clínica compleja y difícil para la tarea analítica. Trabajo que se realizará en medio de un actuar impulsivo inconsciente del analizante, con todas las características de un pasaje al acto, por lo que se corre el riesgo de privilegiar, por sus particularidades, la conducta frente al discurso.

El reconocimiento por parte del sujeto de lo imposible de su pretensión, permitirá nuevamente a Eros constituirse en alternativa a una dinámica que, sometida a Tánatos, tiene en la compulsión a repetir su mejor aliado en el intento de evitar aceptar y acatar una ley que le señala que todo no se puede tener, que esa es la condición que nos constituye como sujetos. Labor que, por lo dolorosa que es, a veces, es difícil de soportar.

El material con el que trabajaremos asomará entre palabras a medio decir, entrecortadas, en medio de largos silencios, interrupciones, incumplimiento de acuerdos, actuaciones ricas y variadas con alto contenido tanático que tienen como objetivo deshacerse de la tensión interna que padece el sujeto.

Todo lo anterior dificulta seriamente la tarea ya que, frente a la provocación que entraña contemplar los efectos de la autodestrucción, se corre el riesgo, con las consecuencias que ello acarrea para el proceso propuesto, de no aceptar que lo contingente de nuestra presencia y nuestro hacer, a veces, muchas veces, no puede modificar el determinismo que el sujeto despliega en su sino vital.

Debemos reconocer que es poco lo que sabemos de la oscura fuerza que nos conduce y por otro lado, es ella la protagonista fundamental de lo que nos proponemos investigar en el campo de las adicciones. En nuestro oficio se trata de aprender a aprovechar esa fuerza, oscura en su origen, que insiste, para ponerla al servicio de la transferencia.

La cuestión radica en una pregunta importante, ¿es posible ello en este ámbito singular que nos ocupa, desde una clínica psicoanalítica? Y si entendemos que sí, ¿desde qué práctica psicoanalítica?

**Miguel Díaz**

**GPAB, Bilbao, 28 de enero de 2012**